

MANUAL DE CRUCIFICIONES

(selección)

DANIEL BERNAL SUÁREZ



Manual de crucificaciones.

Daniel Bernal Suárez.

© De la edición: Ediciones Idea, 2019.

© Del texto: Daniel Bernal Suárez.

© De la imagen de la portada: Diego Mille Notario.

ISBN: 978-84-17764-38-8

Depósito Legal: TF 261-2019

SOMNIÓFAGO

Me acostumbré a comer sueños por prescripción facultativa. Ahora que me he repuesto de una anemia pertinaz, he sucumbido a la adicción y no sé cómo detenerme. No solo devoro mis realizaciones oníricas en desayuno, almuerzo y cena, sino que me agrada picar entre horas. Apuro las migas sin pudor, así sean de ensoñaciones angustiosas. Al principio me ayudaba a calmar mi apego a la realidad, pero creé una tolerancia excesiva a la receta y cada vez necesito mayor cantidad para no perder la cordura. Si nada lo impide, mi paladar, habituado a tan dulces sabores, terminará por reblandecerse al punto de que un trozo de pan, un encargo de la oficina o un desperfecto doméstico alteren mi equilibrio y caiga presa del pánico y el horror. Todo a mi alrededor me parece viscoso e irreal. Últimamente noto mi estómago transformado en medusa o nube. Acudo al médico ahíto de sueño. Me siento frente a él y lo veo flotar en el aire como un globo infantil. No desperdicio la oportunidad. Extraigo de mi bolsillo tenedor y cuchillo y me lo como. Esta carne con bata blanca sabe muy bien.

MIEDO A LA LUZ

Mis zapatos tienen miedo a la luz. Cada vez que abro el armario y busco en los cajones inferiores, ellos se arremolinan contra las esquinas, persiguiendo los resquicios de oscuridad. Debo introducir el brazo hasta el fondo, y escucho entonces sus diminutos gritos y protestas. Cuando alcanzo a coger algún par y los extraigo, sus cuerpecitos tiemblan. De poco valen mis palabras de consuelo. Los estertores continúan hasta pasadas unas horas. Terminan por agotarse y es en ese momento en que puedo caminar tranquilo, sin las constricciones y mordiscos continuos a mis pies. Ya no sé qué hacer con ellos. Tendré que llamar a un psicólogo.

DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA

Al despertar aquella mañana notaba un leve hormigueo en los pies. Tocaba elevar las poleas de los párpados, atinar con las palancas de la locomoción general, embadurnar el esófago de café. Una vez concluido el ritual del desperezamiento, observé que mi pie izquierdo se había dislocado de su respectiva pierna. Procuré encauzarlo con palabras de ternura y un masaje cariñoso. A lo largo del día quiso marcharse una y otra vez, pero conseguí retenerlo con esfuerzos tantálicos. Imagínense a un oficinista atendiendo a los usuarios que preguntan y preguntan y tirando del cordel que ata el pie para que no se pierda. Yo pensaba tenerlo amaestrado a estas alturas de la vida. A la noche, fatigado, me dejé caer sobre el sillón de la sala de estar y allí me quedé dormido.

Durante todo aquel mes mis dos pies sufrieron accesos de independencia, pero se repartieron, de modo voluntario, las manifestación de sus anhelos. Así, el izquierdo se sublevada los días pares, en tanto el derecho lo hacía los impares. Me debatía entonces entre la pesadumbre y el enojo, las ganas de suicidarme o de estrangular a los pies. El podólogo al que acudí no me recetó nada. Sentenció: hay un momento en la vida en que todos los pies desean independizarse. A nosotros, sus cuerpos, no nos queda más remedio que dejarlos marchar. Me resistí durante algunas semanas a aceptarlo. Terminé claudicando. Con el tiempo he aprendido a mitigar el dolor de andar por el mundo sin mis dos pies. Necesité adiestrarme en el equilibrismo de los tobillos, pero estos se mostraron siempre solícitos y obedientes.

Hace dos noches tuve, sin embargo, un sueño intranquilo, poblado de estupor. Un extraño hormigueo recorría mi brazo izquierdo. Sopesé y descarté todas las patologías posibles que mi afiebrada hipocondría traía a la mente. Esta mañana, al despertar, me ha costado encontrar mi brazo izquierdo. Se hallaba agazapado detrás de la nevera.

Ahora sé que empezará la batalla por la independencia de mis brazos. Ya no me queda duda de que, poco a poco, mi cuerpo entero se irá desmembrando hasta

hacerse añicos. ¿Qué pensarán de mí en la oficina cuando aparezca mi cabeza solitaria y, al saludar, vean mi lengua desprenderse festiva hacia el suelo, en tanto los ojos salgan de sus cuencas y se atrevan a mirar, desinhibidos, con la emoción rebotante en las pupilas?

CAÍDA EN DESGRACIA

Cercenadas por el apremio autoritario de la versión única, las páginas de la historia se prodigan en deleznable omisiones. Válganos recordar la célebre anécdota. Newton, sentado en el prado, absorto en sus devaneos, siente el golpe sobre su cabeza. Luego ve rodar unos pocos centímetros cerca de sí una manzana. El descenso del fruto obra milagros en su pensamiento y, al poco tiempo, ya figuran elaboradas las leyes gravitatorias en tinta sobre papel. Un hecho en apariencia fortuito acelera el descubrimiento. Pero la caída de la manzana no fue obra del azar. La manzana, tercamente olvidada, procedía de una noble estirpe de frutos heroicos. Su vida, alcanzada por numerosas desventuras, era un peso insoportable para ella. Matrimonio fracasado, prole esquiva al afecto, amantes dadas al latrocinio, repudio de la familia, discriminación social por su abolengo. Semejantes desgracias acumuladas la movieron a lanzarse aquel día desde la rama del árbol. La caída, de unos dos metros de altura, la estallaría contra la tierra, arrancándole la vida en un segundo. Sin embargo, la cosa no fue como esperaba. En su trayectoria descendente, el impacto con la voluminosa testa del físico provocó una desaceleración. Las heridas fueron importantes, pero supusieron una lenta agonía. Tres semanas duró la putrefacción de la corteza, en tanto la pulpa, sensible aún, percibía las murmuraciones de los suyos, los dolorosos picoteos de las aves, el estigma del hedor. Pequeño golpe para Newton, quien no juzgaría –quien no podría juzgar nunca– la gravedad del suicidio de la manzana.

SOLO SUEÑOS

No te preocupes por esas pesadillas, hermano. No creas en lo que cuenta madre sobre el carácter premonitorio de los sueños. Te aseguro que jamás podría hacerte mal. Ni siquiera te guardo rencor porque Dios prefiriese tu ofrenda de cordero a mis humildes vegetales. Ven, Abel, vamos al campo. Quiero contarte una cosa en secreto.

DON NADIE

A los trece años sufrió las burlas de sus condiscípulos: replicó con el silencio. La turba de jóvenes murmuraba sobre sus incapacidades: él era el más lento y torpe en los ejercicios físicos, el más huraño y difícil de trato y, a pesar de que el único rasgo sobresaliente era su inteligencia, se veía entrecortada a menudo por una agresiva timidez que se interponía. Años más tarde recordó el denigrante mote con el que lo tildaban: era un don nadie. Esa fue la identidad que asumió cuando aquel rústico cíclope le inquirió su nombre.

–Nadie, soy don Nadie, Polifemo –respondió Ulises.

ELMIRA Y SUS MUERTES

Elmira ha muerto por tercer día consecutivo. Su muerte fue menos dramática y tuvo algo de festejo y alegría. La primera muerte fue seguida de hipidos y llantos de familiares, vecinos y amigos. La segunda estuvo envuelta de asombro, gestos inesperados y ademanes de incredulidad. La de esta mañana vino precedida por la calma cotidiana de la rutina. Casi no terminaba de morir Elmira. Todos colaboraron para que la mujer pudiera marcharse y así podernos retirar a nuestras faenas diarias. Julio le tapaba la boca y la nariz con una almohada, Andrea le golpeaba ligeramente la cabeza con una olla, doña Santulia le arrojaba un cazo de agua hirviendo. La vieja resistía como si no se percatara de la zozobra alrededor. Elmira murió por tercer día consecutivo. Todos tememos su regreso.

CULTIVE EL ESTADO DE NATURALEZA

No pierda el tiempo: ¿su hijo muestra brotes psicóticos? ¿Le ha cazado descuartizando animales o dibujando terroríficas escenas de crímenes? No se preocupe. Contamos con los mejores especialistas para su tratamiento. Llámenos y le daremos un presupuesto ventajoso. La calidad de su formación es nuestra prioridad. Demuestre a su descendencia que le quiere e ingréselo en nuestro centro. Porque un niño psicópata no es motivo de desdicha, sino un don de la naturaleza y una oportunidad para mejorar la especie. Deje a su hijo en nuestras manos y le convertiremos en un sátrapa, en un asesino en serie, en un periodista, en un violador, en un futuro presidente de gobierno, en un sicario profesional. Le ofrecemos una educación adecuada a sus inclinaciones, con prácticas para que ejercite sus habilidades (incluye el manejo de todo tipo de armas y entrenamiento en toda clase de torturas). Recuerde: en el Instituto de Formación Superior de Psicópatas nos comprometemos con el progreso de la sociedad. Nuestro lema: no deje que la civilización reprima los instintos de su prole, cultive sabiamente el estado de naturaleza.

SU RESTAURANTE DE REFERENCIA

En nuestras instalaciones podrá saciar su apetito con total tranquilidad. Ningún agente externo le vigilará ni incomodará su indomeñable fruición con preguntas inoportunas sobre la procedencia del manjar. Sorberá el líquido manantial de rojo purísimo. Paladeará la carne más fresca, seleccionada con rigurosos controles de calidad, higiene y hermosura. Visítenos. Abrimos de lunes a lunes, 24 horas al día. Nos apasiona nuestro trabajo, por eso aunamos calidad y entrega, profesionalidad y exquisita atención al cliente. No descuidamos a las víctimas. Únicamente ofrecemos individuos sanos y bellos. Porque nos gusta ser el restaurante caníbal de referencia.

LA CASA

En algún lugar de la casa hay un cadáver. Usted intentará encontrarlo. Para ello explorará habitaciones caóticas, abrirá innumerables compuertas, sorteará obstáculos sin cuento. Pero el tiempo correrá en su contra. En algún lugar de la casa el cuerpo estará descomponiéndose y usted teme que no lo hallará nunca. La casa, de arquitectura insondable, tiene sus propias leyes. Hará frente a infatigables pasillos, áridas trampas y una manada de seres de conversación insulsa que aparecerán y desaparecerán en cuestión de instantes. Entonces pensará que la casa es un artilugio de solaz o de sufrimiento, pero impermeable a la comprensión. Urdida por una mente siniestra, la casa perdura en la eternidad. Tic tac, tic tac. Las ratas roerán los últimos huesos del cuerpo, y usted sabe que semejante demora en encontrarlo hará que se extingan las pistas del crimen. No tendrá al asesino, no descifrá la casa. Ha nacido aquí y aquí habrá de morir sin remedio. Un día, pasados muchos años, cruzará por casualidad una puerta. Se sentará, de modo inconsciente, sobre una silla. Sin fuerzas, sin rencor, sin dudas, exhalará su último suspiro. Y entonces habrá entendido todo. El cadáver del que le he hablado y que buscaba con denuedo en toda la casa era usted mismo.

«CUIDADO, HAY TIGRES»

Los mapas, cuya cifra es el deseo, encierran entre trazos de montañas y ríos innumerables, enigmas, porciones variables de error, obstinadas reincidencias en el tormento. Nadie encuentra en el mapa el aguijón de avispa que nos picó en la infancia, la hermosura que nos sedujo y dejó una herida supurante en la segunda década de nuestra vida, los fracasos y denuestos que pueblan cada instante. Semejante acopio de informes volvería ilimitable la extensión de una urbe, su representación cartográfica. Al contemplar un mapa debiéramos adivinar entonces, como único rastro biográfico, entre los signos de calles populosas, justo enfrente de la entrada de nuestra casa, una advertencia que pudiera salvarnos de las fauces de las bestias que nuestro enemigo hubiera abandonado allí para nuestra perdición definitiva. Un simple cartel que dijera: «Cuidado, hay tigres».

CRIATURA ABISAL

Hay un animal abisal que solo existe si permanece sumergido en las profundidades. Se arrastra por el limo, absorbe partículas disueltas, respira dificultosamente por branquias. Si sube apenas unos metros, si se atreve a ascender hacia donde se filtra un mínimo rayo de luz, su piel se deshace, se torna invisible y casi incorpóreo, el mar lo zarandea y ni los aullidos de dolor se propagan en el agua. Entonces, taciturno y apesadumbrado, retorna a sus fondos, a su depresión perenne, habitante de los miasmas y el error. Allí, arrebuñado y frío, sueña despierto, en un afilado insomnio de vigía húmedo, con las posibilidades del paraíso que nunca abrazará.

OVNI

Cuando mi hija me lo contó no di crédito a sus visiones. Pero, semana a semana, la gente del barrio narraba cosas parecidas. Solo supimos asignarle un nombre vago y genérico: Objeto Verbal No Identificado. La señora Eugenia lo describía como un pequeño y brillante aforismo que cruzó su azotea a las cinco de la tarde mientras tendía la ropa. Doña Eulalia, que tiene problemas de vista, añadía que simulaba ser, más bien, un haikú volador, de aliento intenso y reflexivo. El hijo mayor de don Juan, algo crispado, se negaba a admitir esas versiones y defendía la tesis de que se trataba, sin lugar a dudas, de un largo ensayo sobre las virtudes del hambre y la privación material. Mi hija cuenta que a ella se le apareció frente a la ventana, que osciló con rapidez hasta detenerse y hacerse perfectamente legible: reconoció, enseguida, las últimas palabras de su abuelo en el hospital. Yo no he observado nada aún. Aventuro que quizás estemos leyéndonos a nosotros mismos. Un día no hará falta hablar ya entre nosotros: miraremos al cielo y todo lo que queramos, y todo lo perdido, estará escrito allí, como en una inmensa pantalla. Son las tres de la tarde. Salgo al balcón a contemplar.

Manual de crucificciones

de Daniel Bernal Suárez

¿El Edén era realmente un paraíso? ¿Se alimentan las sombras de leche? ¿Preparan las latas de cerveza un exterminio selectivo? ¿Cómo sobrevivimos a una crisis de reputación si resucitamos en una era en la que la imagen importa tanto? Estos son algunos puntos de partida de los microrrelatos contenidos en este *Manual de crucificciones*.

Daniel Bernal Suárez explora en estas narraciones el otro lado de la realidad con una gran variedad de registros. El humor y la ironía están muy presentes en este volumen, en el que el autor ha querido plasmar su escepticismo y relativizar los grandes dogmas que nos venden a diario a través de su fascinación por lo misterioso y lo imprevisto.

Por los microrrelatos que componen este *Manual de crucificciones* desfilan fantasmas hechos de espacios o que se olvidan de cómo respirar, buscadores de espejos precisos, zapatos con miedo a la luz, brazos y piernas que declaran la independencia de sus respectivos cuerpos, reptiles preocupados por la deriva de su república, la verdadera historia de la manzana que cayó sobre la cabeza de Newton, la descripción del síndrome de comitis, habitaciones que devoran a sus inquilinos, sujetos que se enamoran de ecuaciones o del fuego, criaturas que solo existen si nadie las ve, institutos para psicópatas y restaurantes caníbales de lujo, personas que se convierten en campanas y un curioso catálogo de rituales de apareamiento. Y café, mucho café, porque algunos personajes, como el autor, son adictos a esta bebida.

Y es que, si uno no está atento, puede ingresar en una dimensión insólita e inquietante nada más cruzar la siguiente esquina.